

El teatro peruano contemporáneo (I)

El retorno de los dramaturgos

Manuel J. Baquerizo

Tras el largo período de vigencia del teatro de creación colectiva (*circa*: 1971-1995), cuyos principales forjadores serían Cuatrotablas y Yuyachkani, lo más relevante del teatro peruano actual viene a ser la aparición (o reaparición) de nuevos y jóvenes dramaturgos peruanos. Es cierto que esta preocupación por la literatura dramática no es de ahora; viene, en realidad, de los años '40 y '50, cuando el teatro en el Perú ingresa a la modernidad y se inserta en las corrientes europeas y norteamericanas. Sus representantes mayores serían Percy Gibson Parra (1908), Juan Ríos (1914-1997), Enrique Solari Swayne (1915-1995), Jorge Eduardo Eielson (1920), Sebastián Salazar Bondy (1920-1965) y Bernardo Roca Rey. Con ellos se hizo presente el teatro poético, el drama histórico y simbólico, la comedia y la farsa, según lo ilustran "El reino sobre las tumbas", "Maquillaje", "No hay isla feliz", "Esa luna que empieza", "Collucocha" y "Muerte de Atahualpa". "Collucocha" se constituiría en la obra más popular debido a los problemas políticos y sindicales que plantea. A esa época corresponde el auge de los grupos de teatro: el Club de Teatro (1953), Histrión (1957), los elencos de la AAA y la Universidad Nacional de San Marcos y de los directores Muno Rivera, José Velásquez, Sergio Arrau, Reynaldo D'Amore, Ricardo Roca Rey y Ricardo Blume. A José Velásquez se le debe el excelente montaje de "Volpone" de Ben Jonson y a Sergio Arrau la audaz puesta en escena de "Marat-Sade" de Peter Weiss.

En los años siguientes (fines del '60 y principios del '70) irrumpió una dramaturgia de acento fuertemente realista, social y moderno, en algunos casos de reducida trascendencia literaria y con inexcusables resabios costumbristas. Los autores más divul-



gados serían Julio Ramón Ribeyro ("Santiago el pajarero"), Fernando Cortez ("La ciudad de los Reyes"), Gregor Díaz ("Los del 4" "Clave 2 manum"), Juan Rivera Saavedra ("Los Ruperto") y Rafael del Carpio ("La chicha está fermentando"). En esta época se dan a conocer las primeras mujeres dramaturgas (Sara Joffré, con "Eva no estuvo en el paraíso"; y Sarina Helfgott, con "La señorita Canario" y "Antígona"). Lo más ponderable de esta generación fue su búsqueda de una identidad teatral nacional. Una de las obras más sobresalientes entonces será "El cruce sobre el Niágara" de Alonso Alegría, premiada por Casa de las Américas (Cuba), en 1969. Con estos autores suben a escena las clases sociales olvidadas: los campesinos, los obreros y otros sectores populares. Gregor Díaz será el intérprete de las capas desposeídas y Víctor Zavala del mundo campesino, tratado con más respeto que por Rafael del Carpio. En estos años se crea el Teatro Nacional Popular (1972-1979), bajo la conducción de Alonso Alegría, y florece el teatro universitario (TUSM, 1958; TUC, 1961), particularmente el elenco de la UNI, impulsado por el uruguayo Atahualpa del Crippe, y se inician asimismo Quinta Rueda (1978) y Ensayo (1983).

La experiencia del teatro de creación colectiva ha sido evaluada por sus propios propulsores. Lo cierto es que ellos ya no desearían actualmente la palabra ni el texto. Una demostración de este giro es que Cuatrotablas ha celebrado su vigésimo quinto aniversario con el montaje de "Sueño de una noche de verano" de Shakespeare y la incorporación a su repertorio de obras clásicas (como "Prometeo" de Esquilo) y Yuyachkani, por su parte, ha puesto en escena "Antígona", un

drama poético de José Watanabe. El teatro colectivo fue, ciertamente, una respuesta a las condiciones históricas y sociales de la época (la revolución cubana, las guerrillas en diversos países, las movilizaciones campesinas, las tomas de tierras, la reforma agraria, las migraciones y la ruralización de la Capital) que obviamente exigían nuevas formas de expresión simbólica y artística. Además, tuvo que ver con la insatisfacción muy justificada de los teatristas ante la palabra, pues no existían obras dramáticas que mostraran la realidad del país, con enfoques originales y novedosos. El teatro colectivo tuvo el mérito de recuperar formas y géneros populares, como el baile, la música, el vestuario, la máscara, el ritual y los personajes marginales; y otorgar más importancia al actor y al espectáculo, si bien encareciendo la expresión corporal en detrimento de la palabra y la acción. En todo caso, lo valioso de esta experiencia fue la conversión del teatro en un foro de denuncia y en el desarrollo de una comente teatral nacional y popular.

Hoy en día los críticos reconocen que este modelo de teatro informal ya se agotó y que es hora de volver a las obras escritas. "La creación colectiva - dice, por ejemplo, Isola - fue un fenómeno importante en su momento, pero tuvo un lado negativo: el desprecio del autor" (*El Mundo*, 22 de mayo, 1994). Como el mismo Isola agrega, en los últimos años había avanzado mucho el aspecto de actuación y dirección, pero la dramaturgia estaba a la zaga. Lo que de hecho se relacionaba con el atque de la creación colectiva en los '70: el dramaturgo era una persona prescindible que formaba parte de un colectivo y carecía de voz individual. Hoy, la situación ha revertido por completo. Lo reconoce el mismo director de Cuatrotoblas. "Los jóvenes - dice - no aceptan modelos como los de Cuatrotoblas y Yuyuchikani que ya se acabaron" (*El Comercio*, 13 de jun., 1996).

En las intenciones del 90 va a surgir pues una nueva comente de jóvenes dramaturgos, con una visión distinta del mundo, con recursos escénicos más originales y con un lenguaje más universal. sólo en 1994 se estrenan "Escopones mirando al cielo" de César de María, "Números reales" de Rafael Dumett, "Vladimir" de Alfonso Santibañez y "Voces humanas", además de "El cruce sobre el Niágara" de Alonso Alegre.

En el mismo momento en que la narrativa se convertía en el género más cotizado y cuando irrumpían masivamente las mujeres novelistas, el autor dramático también comenzó a tener un reconocimiento inusual, multiplicándose rápidamente. Por su ironía, por su apudismo vanguardista, y por su ímpetu renovador, este joven movimiento podría asejarse a la comente teatral que surgió en Inglaterra, en los años del '60, con Jhon Osborne, Jhon Arden, Harold Pinter y Arnold Wasker.

Una de las características de esta dramaturgia es que nace al interior de los mismos grupos de teatro, sobre las mismas tablas, como era corriente en las épocas de Shakespeare y Moliere. Nos ejemplos más notables son los de César de María y María Teresa Zúñiga, formados en el seno de los Grillos y Expresión, respectivamente. Tal vez por ello, sus textos sean más accesibles al grupo. Algo más: escriben en función de las posibilidades actorales del grupo.

En cuanto al contenido y estilo, estas obras tienen en común el hecho de combinar la realidad y la fantasía; de tratar asuntos locales y universales, de explorar los sueños y las alucinaciones y, sobre todo, de mezclar los estilos de la tragedia y la comedia. Para lo cual incorporan al clown circense, tomado de la "Comedia del arte". A diferencia de Racine o Strindberg, siempre graves y solemnes, los nuevos dramaturgos entrecruzan libremente la solemnidad y la risa, como lo hacía el propio Shakespeare. Lo que dará por resultado un estilo acidamente humorístico, irónico y grotesco, que no se encontraba en obras anteriores. Los temas son presentados en tono épico y elevado, pero con asomos de comicidad y risa. Naturalmente, son obras que carecen de héroes y de fácil optimismo. Como esas grandes piezas del siglo XX ("Madre Coraje", "Esperando a Godot" o "La muerte de un viajante") funden el realismo, con el absurdo y la paradoja.

Las obras de estos jóvenes autores y empezaron a publicarse. Ahora, podemos hacer el seguimiento de las tendencias, de los temas, y de los estilos que les caracterizan. Tenemos a la vista los siguientes libros. *Siete obras de dramaturgia peruana* (1999), editado por Ruth Escudero. *Dramaturgia peruana* (1999), edición de José Castro Uricoste y Roberto Angeles. *Voces del interior. Nueva dramaturgia peruana* (2000), edición crítica y anotación de Luis Ramos García. A su vez, los propios autores vienen editando sus textos: César de María, *Teatro* (1995), un conjunto de tres piezas; Gregor Diaz, *Teatro peruano* (1991); César Vega Herrera, *Solitar si cuesta mucho* (1991); Víctor Zavala Cataño, *Teatro Campesino* (1969; seg. ed., 1983). De María Teresa Zúñiga han sido publicadas "Zoelia y Granelito", "La metamorfosis" y "Mades y Medus", en diversas revistas. Por otra parte, la Universidad Católica del Perú inició la edición de una *Antología General del Teatro Peruano*, cuyo primer tomo, dedicado al teatro quechua, acaba de salir (2000).

Cabe pues intentar un ordenamiento provisional de los dramaturgos por generaciones. A saber:

Generación del 60: Julio Ramón Ribeyro (1928), Hernando Correz (1928), Alfonso La Torre (1933), Juan Rivera Saavedra (1930), Víctor Zavala Cataño (1932), Gregor Diaz (1933), María Vargas Llosa (1936) y Alonso Alegre (1940).

Generación del 75: Roberto Angeles (1953), Alonso Cueto (1954), Maritza Kirchhausen (1954), Alfonso Santibañez (1957), Maritza Núñez (1958), Walter Velozilla (1959), César de María (1960), César Bravo (1960), Eduardo Adrianzen (1960), José Castro Uricoste (1961), Celeste Viale (1962) y María Teresa Zúñiga (1962).

Generación del 90: Rafael Dumett (1967), Angel Barros (1971), Rooff Mejía (1973), Roberto Sánchez Piñola (1975), Juan Manuel Sánchez (1975) y Claudia Besacera (1976).

Esta lista, es por cierto, bastante incompleta, pero suficiente para tener una idea aproximada del proceso creativo que ha seguido la dramaturgia en el Perú. A continuación, queremos ofrecer una imagen de la obra de tres autores, pertenecientes a las últimas generaciones. César de María, Rafael Dumett y María Teresa Zúñiga.

Te acaricia mi viento enamorado

poesía
 reventación de alabaras en tu pecho
 andares de palabras
 a campo traviesa
 como giriflor o cadenas o algo menos
 vertiente de sonidos como flujo de emociones
 te amo
 detenida a respirar la belleza de tus muertos
 ob palabra
 escapulario de signos al seco de tu cuerpo
 te acaricia mi viento enamorado
 mi rubor de rebelde empedernido
 poesía
 palabras confidenciosas cararada
 chispa de los en la penumbra
 te quiero así
 lejos de las perversiones del poder
 cantando
 sin sobresaltos
 melodía de amor de un obrista
 que eructa sobre las decenas del estado
 díjame cogerte a dentelladas
 embestiste a cigarras
 oh poesía
 no no me convences
 como bella canción anarquista
 o mochlera estasiada en el vacío
 ni las herodías sin tiempo de la contemplación
 como una flor en la boca del silencio
 pero te amo poesía
 a flor de tierra
 extensión de piel radiante
 melodía de furor en las fosas claudestinas
 sobrevienta mi incorrección con tus amiguetes
 como gurras o postumos o bolitas de muchacha
 quebra sobre la página en blanco
 la centara de tu cuerpo de poesía
 acostumbrame en el brillo de tu noche
 en tu oscuro rincón de luz
 encandolama sin tragua en tu secreto

Balada de amor para César Dario

Uno mira hacia el futuro -o piensa que mira hacia el futuro-
 y observn en el espejo del agua de la vida
 que ésta no es tan grama como aparece en las tragedias
 que tiene colores brillantes como solos o relampagos o caricias
 sobre la piel del sueño que adormos

Uno escribe poesía -o cree que escribe poesía-
 pretendiendo grabar en cada verso el signo del tiempo que vivimos
 dejar tal vez constancia de lo que amamos con furor
 de aquello que empuja nuestra incipiente rebelión
 con el deseo irreverente de perdurar, pasar por encima del instante
 pero sólo llega a trazar un par de garabatos
 nerviosas, imprecisas, precarías señales de esa obstinada
 intención de ser algo más que una inscripción
 en el fichero de la desolación o la metaleja

Entonces uno publica un libro de poesía o narrativa
 con la secreta esperanza de que las veinte
 empedernidos y solitarios mortales que los han adverteido
 que la locamente más horrible es tan sólo una brama de pólvora
 una gota de agua, un viento ineficaz
 comparada con el deseo irrefrenable de vivir con dignidad

Uno fecunda una criatura en el cuerpo de la muchacha que amamos
 -lleva de piedras precias en la noche
 bastón del ciogo, fuerza ante el dolor
 mano misteriosa que detiene al asidón al berdo del barranco
 y resulta que el pequeño que asoma a nuestros ojos sombreados
 es el texto que no pudimos escribir: el libro que no publicamos
 el acto de amor que parecía insaciable

Y entonces tu rostro, tu rostro lleno de ganas de vivir
 tus manitas como muchachos del horizonte amanecido
 tus ojos que resplandecen y no saben de positivismos ni derrotas
 me dicen: "¡ah, mi viento escribirl y escribí pensando que hacías poesía"
 y ese ya no tiene la menor importancia, pequeño
 porque has venido tú para desordenarlo, subvertirlo y embellecerlo todo

Jorge Luis Roncal

Kassandra

Sandro Bossio Suárez

A copló dificultosamente los broches del corpiño, luego terminó era otra vez una mujer de líneas armoniosas. Estaba de espaldas al camastro. C cogió la blusa de la silla, pero antes de ponerse la le quitó el polvo de dos palmadas.

El venustero era un recinto de concreto sellado, estrecho, de esquinas irregulares y polvorosas. Hacía tiempo que la humedad desconchaba sus paredes. El hombre, sentado al filo de la cama, terminó de sujetarse los pantalones, apoyó las manos atrás, sobre el cúmulo de frazadas reveladas, y levantó los ojos con cierto desencanto: la mujer seguía moviéndose de espaldas, cadenciosamente, inserta en el trapezco solar que caía de la claraboya y encendía sus cabellos como una llamarada. El pito del barco sonó por primera vez.

—De verdad que lo veo y no lo creo —dijo él—. Tantos años que no venías.

—A pesar de todo —le contestó ella—, sigues siendo mi marido.

La pieza tenía la atmósfera cargada y hasta ella llegaban, ralas aún, las pestilencias marinas. Espaciados, se oían los coleteos del mar contra las rocas. El hombre apartó la vista y sus ojos iniciaron un veloz recorrido por los muros llenos de costras.

—¿Y cómo están ellos? —preguntó, sin atreverse a mirarla, aun sabiendo que ella continuaba vistiéndose, con la cara vuelta hacia la pared, y que no podía reparar en su turbación.

—Toytá se casa la próxima semana —dijo la mujer, abotoniándose la falda—. Rodrigo se recibe de paleontólogo a fin de año.

—Sabes que estoy aquí? —No —dijo ella. Terminó de asegurar las hebillas de sus zapatos y sólo entonces levantó el rostro para mirarlo.

El hombre se sintió atravesado por una mirada inyectiva.

—Sin vainas —dijo.

—Hubiera sido muy difícil para los niños aceptar que a su padre lo metieron preso por estúpido —continuó ella—. Fue más fácil decirles que habías muerto en el intento. Eran chicos, me lo creyeron. Viven convencidos de que te mataron los oficialistas.

El hombre tragó saliva. Moduló la voz.

—Hiciste mal —dijo con alguna dureza—. Dentro de poco habrá indulto y estaré libre y, lo quieras o no, veré a mis hijos. Les diré la verdad.

Ella sonrió, poco convencida de lo que oía. Tiró con fuerza de ambas puntas del pasador y la abertura del chaleco, entrecruzada por los ojales y la tramilla, quedó definitivamente ceñida a su cuerpo. En ese momento, una bandada de gaviotas surcó la

cuadra de los locutorios, muy bajo, y sus graznidos siguieron oyéndose hasta después de que se hubieran alejado. La mujer dio un paso, desprendiéndose dócilmente del bloque luminoso, y tuvo que empujarse mucho para alcanzar la claraboya. Rápidamente contempló el exterior. Vio la línea delgada del mar. Vio el sol granate, horando el grisáceo horizonte; cuadrillas de alcatrazes y pardelas; y un peliccano, parado sobre la alambrada del presidio, batiendo las alas a contraluz. De pronto sintió la voz del hombre y sus dos talones pisaron tierra al mismo tiempo. El pito del barco, grave como una tuba, perforó el ocaso por segunda vez.

—¿Y cómo anda el país allá afuera? —preguntó él.

—Hambre, manifestaciones, congresistas —enumeró él—. Además nunca falla un imbécil como tú que quiere derrocar al presidente.

Entonces, con el torso desnudo y sudoroso, con los pies descalzos atarrados al piso como garras, el hombre sintió el primer hincón. Se sujetó las sienes con ambas manos y sacudió la cabeza. Podían ser los caracoles que había comido al mediodía.

A los pocos meses de haber llegado a la isla, había aprendido a comer los especímenes que el mar escupía. Al principio, miraba de lejos a los presidiarios que sacaban sus brazos por la alambrada y se llevaban a la boca lo que encontraban en la arena, y él se juraba no hacerlo nunca porque los mariscos crudos le parecían repulsivos. Pero vino la huelga de los cocineros. Entonces — más por hambre que por dignidad — se vio obligado a masticar caracoles hasta astillarse los dientes. Ese día aprendió a comer herberochos y lapas, que desprendía con cuidado de las rocas, y a ramar algas e hinojos del mar. Con sus amigos, en una ocasión, valiéndose de anzuelos y varas, logró arrastrar desde la playa una gigantesca estrella de mar. La trozaron y tostaron en una barbacoa, pero no pudieron terminarla porque los paralizó su nauseabundo sabor a sangre arenada. El tiempo le enseñó que la carne de las gueneras, ahumada o marinada con limón, era el mayor banquete que se podía imaginar en esa prisión de convictos políticos. A veces, cuando no había niebla, al frente miraba con nostalgia el gigantesco perfil de la ciudad y no perdía las esperanzas de volver a ella algún día.

Ahora la habitación estaba totalmente impregna-

da del intenso olor de la costa. El crepúsculo retrocedía y proliferaban las sombras en las paredes.

—¿Sigues trabajando? —preguntó el hombre, con lentitud.

Ella se ladeó para responderle y su rostro quedó nuevamente incrustado en la luz rosácea de la claraboya.

—Sí, esta vez con una tribu selvática —dijo—. Estoy elaborando una monografía sobre los zaparos del Alto Amazonas. El año pasado viajé dos veces a conocerlos de cerca.

El hombre se quedó pensando.

—Tus ojos me siguen aterrando —dijo luego, casi con dolor, con una dureza inusual que le comprimía la lengua—. Igual que tu nombre: Kassandra, como esas tarántulas venenosas del norte.

Ella no le prestó atención y avanzó hasta la puerta. Descorrió el pestillo y volteó. El hombre había cerrado los párpados y respiraba fatigosamente. Tenía todavía las imágenes fragmentadas del impetuoso forcejeo de hacía unos momentos: dos manos presionándolo, un muslo colocado, un cuello en reposo donde él, como tantas veces, había clavado su hocu en una urgente succión. Recordó los labios huidizos que, pese a sus esfuerzos, no había alcanzado a besar ni una sola vez. Trató de ver a la mujer, pero únicamente distinguió un perfil desdibujado por la bruma. Trató de hablar, pero su voz, esta vez, se extinguió en una especie de ronquido.

—No te esfuerces —le dijo ella—. No te dolrá mucho.

Entonces abrió la puerta y una ráfaga de vientos escorrazados se metió, bufando, a la habitación.

ción. Afuera las gaviotas seguían chillando de hambre y los alcatrazes planeando inmóviles sobre las peñas. Una ola golpeó contra las rocas y, por unos segundos, provocó una explosión de vidrio molido. La mujer tuvo que levantar mucho la voz para que el estruendo no le arrebatara las palabras.

—El primer síntoma es la mudez —continuó—. La lengua se le entrosa y no puedes hablar. Después vendrá la ceguera. El veneno de los zaparos que me unté al cuello hará su trabajo en unas horas.

Al salir, la mujer vio a un policía pasándose por el pasadizo mojado, y recordó con placer cómo había logrado engañar a todos y meter el veneno al presidio a pesar de la drástica revisión del ingreso. Nadie podría culparla de nada. Antes de cerrar la puerta agregó, con energía:

—No es justo que tus hijos pasen esta vergüenza. Recuerda que lo hago por ellos.

Dolorosamente, ya tendido en la cama, el hombre escuchó el tercer pitido que anunciaba el regreso del barco con las visitas y, al mismo tiempo, los pasos de su mujer alejándose hacia el embarcadero. Entonces se tendió de espaldas en la cama. Sintió dolores extremos en el cuerpo. Debían ser los caracoles.



Yo no sabía caminar como las otras. Antes tenía miedo de que al cruzar la calle alguien me silbara, y con estos zapatos de taco alto, entonces sí, me torcería los pies y haría el mayor de los ridículos yendo a dar al suelo con toda la timidez de mis diecinueve años. Hoy me silbaron, como siempre, y no he temblado para nada. Hoy crucé las calles como nunca, altiva, desafiante. Al llegar a mi habitación me miré en el espejo que me devolvió un rostro nuevo, desconocido. Parece que el espejo también lo notó y se puso a interrogarme según su antigua costumbre: ¿Estas son horas de llegar? ¡No sabes dónde estuve! ¡A que no sospechas! Por la cara que tienes, lo advino. Vienes de un hotel. ¿Qué comes para adivinar? Hueles a hombre. Sí. Ese olor es lo más delicioso que he conocido en mi existencia. Nada se compara a ese olor que te esponja el cabello, que endurece tus carnes y te hace manzana, melón, naranja... ¡Oyelo bien!, nada es como el sabor de esa piel lisa, dura, flexible, raspante, erguida... que te vuelve jugosa, amarilla, roja, blanca, verde, violeta... ¡Putá sinceramente! Ante el insulto, me mordí los labios suavemente, y volví a sentir su boca de hombre firme, insistente sobre la mía. ¿No quieres que te cuente? ¡No! Pero, yo sí quiero recordarlo, gritarlo, contárselo a todo el mundo! ¡Descarada!

Bueno, tú lo conoces. Y no voy a conocerlo, si te pasas la vida hablándome de él. Estábamos tomando unas cervezas conversando con los compañeros del salón. De pronto, salió a relucir el tema del concurso. Se elevó el tono de la conversación. Surgieron reproches. Y ya sabes cómo es él, impulsivo... entonces se fueron a las manos. Tuve que abrazarlo para detenerlo. Entonces, sentí su cuerpo exactamente a mi medida. ¿Dónde nacía ese temblor que empezaba a recorrerme? ¡Dónde! ¿En las uñas, en la médula, en los vellos? Ese temblor que remecía el más remoto rincón de mis células. En medio de los manotazos, logré arrastrarlo hasta el coche, mientras otros sujetaban al contrincante. ¡Arranca, arranca, por favor, vámonos! ¿A dónde vamos? ¡Dónde tú quieras!, le dije, tratando de deshacer el nudo en mi garganta, aturdida por ese temblor que me erizaba toda.

El se detuvo a comprar un vino caro. Se preocupó porque en el hotel tal lo conocían, en el cual, también, y podrían acusarle a sus padres. Entonces, vamos a otro. Pero, ¿vienes por la noche? ¡Ni pensarlo!, nos dijeron, no hay cuartos vacíos. Finalmente, nos alejamos del centro y vimos uno de tres estrellas. Dame tus documentos, decidí él.

¿Andan diciendo que fuí su mujer? ¡No, no es cierto, no fui, soy su mujer! Y no me molesta, todo lo contrario, me gusta que lo digan. Cómo me gusta estar a su lado. Y él lo sabe porque yo se lo he dicho. Sabe que necesito alimentarme del perfume de su cuerpo. Sabe que vivo atrapando sus palabras para esconderlas debajo de mi blusa. Sabe que me gusta contemplar cómo engarza los tonos que le dan ese tim-



JOYCE

Flor de María Ayala

bre tan especial a su voz. Sabe que me vuelvo líquida al beberme sus ojos y sus guiños...

Pero, ¿no has visto cómo le guiña a la fulana, a la satana y a la perreña? ¡No hay razón para ser tan cojuda. Tú eres sólo una más en su larga lista de conquistas. ¿Será posible que no tengas los pies en la tierra? ¡Aún delante tuyo no le anda diciendo cosas a otras mujeres? Además, ¿yo sepa, él ha sido bastante claro con sus silencios, él nunca te ha hecho una promesa. Sí, sí me la hizo, pero no me importa. Además para ser su mujer no necesito promesas. Yo sé a qué atenerme. Nada puede compararse a lo que siento por él. Yo cambio hasta lo que me queda de vida por la más diminuta partícula de su saliva que apaga mi sed. Cambio todo lo que soy por el más insignificante parpadeo

que lo lleva a mirarme. No me importa que me dé la palabra que le sobra, el tiempo que le hastía. No me importa que exista la palabra «después» luego que él me toca. Porque «después» no existe sin él. Nada existe sin el más leve roce de su mano en la mía. Ni siquiera me importa que algún día recuerde que fui su mujer. La mujer, que más lo amó. La que siempre le anda diciendo gracias, gracias porque estoy llena, plena de ti.

No apaguemos la luz, me gusta mirarte... Susurró él. Yo también quería contemplarlo, saborear sus gestos. ¿Ser sólo dos sombras jaldantes en medio de la oscuridad? ¡No! No había razón para ello. ¿Qué suavecita eres mi amor...? Te gusta. Miralo. Agráralo. Acarícialo. Así. Haz con él lo que quieras. Soy tuyo. Tuyo.

Silbamos de la cafetería, conversando con los amigos. De pronto me detiene su mano apretadamente mi mano. Aturdida me abotoé el abrigo para que no vayan a escuchar el motor que en mi pecho está acelerando para partir en una carrera sin límite, sin piso. ¿Estás sugiriendo que me quede contigo, como el otro día, después de desmorionarme rutinariamente? ¿Pero, a dónde? ¡Dime dónde!

Sentada en el automóvil no sé a dónde ir. ¿Cómo me juzgarás introduciéndome otra vez entre tus sábanas? Perdóname que esta sea la única manera que tengo de decirte que te amo. ¿Cómo me juzgarás? El «dubitatis pro reo» vertido por tí minutos atrás, me alienta. ¿Y si mis ansias prisioneras, me inducen a una simple ilusión? ¿Si tu mano en mi mano no quiso decir nada? Vas ajándote con los amigos. ¿Cómo llamarle, cómo separarte de ellos por un instante? No me atrevo a inventar un pretexto. Decido, de todas maneras daré la vuelta, he de volver a buscarte. Cruzo el puente. Hago tiempo. En el grifo el barómetro marca ocho grados de temperatura ambiente. ¿Y por qué no decirlo necesito tu calor, pero eso no es todo, necesito mucho de ti. Doy vuelta. Soy una brizna atraída por el imán del acortijo. Estoy a una cuadra de tu puerta. Correré el riesgo de congelarme esperándote. No importa. Nada importa si la recompensa es un minuto más junto a tí. De pronto, en medio de la pista se yergue la barrera, se interpone el miedo de causarte hastío, me cierra el paso la sospecha de que te sientas acosado. Te gustan los juegos de palabras y aprecias la rapidez del adversario para descifrar tus enigmas. Pero, mis miedos no saben de juegos ni acortijos y se alzan para detenerme gritando: «¡El no te quiso decirte nada. ¡Detente! ¡No te ha llamado! ¡No vayas!»...

Lentamente me dirijo a casa. Me siento junto al teléfono. ¿Por qué no me llamas? Yo inventaría cualquier cosa para salir. Todavía estoy vestida, ¿por qué no tomas un taxi y vienes por mí? No, mis miedos tenían razón, no quisiste decir nada. Me acurrucó y muerto mis rodillas. Sé que ni siquiera tengo derecho a llorar. Mejor voy a dormirme. Abrazando mis rodillas empiezo a recordar lo más cercano, lo más dulce... Apareces otra vez acercándome mis cabellos, diciéndome «vuelves». Y yo vuelvo. Yo hago lo que tú quieras.

Son las cuatro de la mañana del sábado. Nuevamente tu boca traviesa mordisquea mis hombros, mi cuello. Me gusta tu falta, dices, y me la quita. Y a mi que sé sentir tu respiración que se acelera a medida... a medida... que recorres los vericuetos de mi piel... Tormas... a preguntarme si recuerdo que un día me dijiste que mi vello era suave... Sí, mi amor... ¿Cómo no recordar cada cosa que hiciste... que haces conmigo...? No sabes que soy feliz con el más leve roce de tus palabras. Dichosa con la más insignificante de tus miradas. Atesorando el más diminuto de tus gestos. Guardando en cada poro de mi piel todos tus orgasmos. Viviendo de lo que tú quieras darme y de lo que yo recojo, al descuido, sin que te des cuenta.

POEMAS

Carolina Ocampo

1

Graves, teóricos, entumecidos,
nuestra conciencia,
el infierno,
el otro lado de la moneda,
nos descubre, desnudos
seres de quimera, alados y perfectos
musicales y tiernos
seguros
danzando ignorantes
sobre el débil hilo de la vida

2

Entonces
las palomas eran bellas
la cocina, la mesa del comedor, las sillas,
la alegría

Me refugiaba en las dulces voces
de Dionisia, de Juana
para escapar de tu orgullo
para ignorar tus gritos de dolor
que en las noches sabían desde la lavandería
junto con los golpes de mi padre

Para no ver tus ojos arrasados
en la mañana
hábala al patio empedrado
debía extasiarme
con cada blancura, con las flores, con los juegos

Para escapar como los gatos
por el techo de tejas encendidas
y abrazarme a los amigos, a los árboles
a la tierra
para sentir su calor en mi pequeño cuerpo.

3

Que duerma
en la quietud de sus gestos
no puede verse el infierno
en su respiración pausada
no se avizora el volcán
de sus impulsos
Que duerma
solamente dormida
me da quietud
no le temo
pero me pierdo
en sus laberintos
en sus púas sangrientas y azules

4

¿Por qué madre no tuviste un amante?
uno solo
que te arrancara el tedio desde sus rasgos
que dibujara en tus manos
sortilegios de amor?

Las risas de tantos niños
pudieron haber poblado tu amargura
tu sencilla fidelidad
tu único amor
golpeando tus sueños uno a uno
podando tus pinceles
cerrando tus labios
a los ojos trajinados
por su puño

¿Cómo tu terca arrogancia pudo partir
y dejarte malherida, dócil, paciente,
echada en el asombro de la impotencia?

Por qué, madre,
a pesar de tus consejos
he parido con mucho dolor
he amado con certitud
y no he tenido
un único amor.

5

Prefiguro que tu abrazo
existe rescaldado del fuego
cuando tu cuerpo
vibra caliente
cerca al mío
cuando siento tu sexo
a través de la ropa
y encendido mi deseo
recoge la luz
entre mis senos
el volcán entre mis piernas

6

Como extrañando mar
has destrozado mi balsa
y he naufragado
estoy muriéndome
cercada de sal y espuma
de olas y sol
de gaviotas y peces

enredada en tus algas
ahogándome
en tu incomprensible dominio
soy agua de tus aguas
y brillo de tus escamas

7

Demandó a las estrellas
el código secreto
que me encamine
en este tiempo de mares revueltos
sin brújulas
sin remos

me arde la piel
quemada ya como mi espíritu
por el sol implacable.

8

Ahora
abrázame despacito
sólo con el rumor, con el gesto
abrázame y devuélveme
el color de la fe

Abrázame con toda tu ternura
para no naufragar.



720-1-78

Alas indocinas luces del amanecer la calle es apenas un retazo de asfalto humedecido por la garúa, una secuela de fachadas suspendidas en el vacío; el fragmento de un lienzo incoloro que incansante carcome la niebla. Aquella madrugada de febrero, la principal calle de Barranco es además unos dispersos faroles húmedos en la plaza solitaria, la negra rama de un tulipán que Ernesto apunta para que Helen descienda los peñales de piedra.

—Entonces? ¿Está enfermo?
—Es lo que dice
—Y hay que viajar?
—No veo otra forma.
Helen retoma su lenta marcha por la vereda. Los primeros transeúntes de la madrugada aparecen entre los perchazos de niebla.
—Lo que tú quieres... — levanta el rostro — es hacerte viajar. Nada más. ¿Por qué, Ernesto? ¿Por qué te acuerdas de mí en esos casos solamente?

—Siempre me acuerdo de ti
—No, Ernesto. No siempre. — Helen se detiene en la brillante medialuna de niebla de un farol solitario. Y luego tendrá que enfrentarlo.
—Ahora ya no creo.
—Es inútil, Ernesto. Todo eso está enterrado.

Ernesto paladea el aire, a su rostro ha llegado la vaharada de alcohol y cigarrillos. Helen desdoba una vez más la carta.

—Y por una carta cualquiera que nadie sabe quién la ha escrito... — la mirada enrojecida va hacia Ernesto, cargada de fatiga — Por qué ésta... Ernesto.

—Escúchame.
—No vas a decirme que es su letra. ¿O es su letra?

Ernesto se pasa el pañuelo por la frente. Hace frío aquella madrugada, pero él arde, suda. A todas luces es una carta escrita por encargo. ¿Pero eso le extraña? ¿Cómo darle ahora las otras noticias que ha venido recibiendo en el tiempo que no se han visto? Helen. Helen. Cuánto tiempo sin verla. El rostro es el mismo, pero ya no la miraba; los años dejan huella. El caballete de la nariz pregona el perfil del abuelo, el mentón es de un tío remoto; los apesadados vuelven a disputarse cada pulgada de nuestro rostro.

—Volver a Inghani. — Las uñas de plata doblan el papel en cuatro, lo blanden — ¿Eso quieres en el fondo?

—Podemos anochecer en Huancayo, visitar a Marcos, darle la noticia. Y mañana podemos estar saliendo rumbo a Inghani.

—¿Marcos? Ah... queda Marcos, es cierto.

Un suspiro, una fumadora de aliento se pierde en la madrugada.

—Necesito tomar algo, querido.

Desde la vereda de enfrente, una fila de alfaldes de lomo arqueado se vuelve hacia ellos. Uno de ellos saca la lengua, como un perro sediento.

—Ah, qué hombre... ¿Por qué son así los hombres?

—Es tu perfume.
—Ningún perfume. Un pequeño aroma apenas. Yo me sigue desde el colegio. En Alemania desapareció. Lo borró el medio. Luego volvió con fuerza. Los hombres se volaban a marcarme en las calles. ¿Te he contado eso?

El pavimento repite el eco de sus botines. Llenos, dubitantes.

—Nunca quisiste oír mi historia alemana.

—Helen.
—La mejor de Munich es temporal, y yo en un cubaret cualquiera, querido. Mi historia alemana te llenaría de orgullo. Pero nadie me quiere oír.

—No te dejas ver, es lo que pasa.
—No te quejes, no te quejes.
Buego, he tenido que buscarlo.

—Abhhh. Pero no por mí.
Blasale la carta.

—Tú tampoco quieres oírme. Triunfé lejos de nuestra aldea, inventándome creaciones para darme fuerza, avanzando un

peñalito cada día — se detiene, duda — ¿Crees que ahora para mí quiere oír?

—Ernesto sacude el reloj de su muñeca; falta media hora para la partida de su ómnibus. Helen entrecierra la mirada.

—Mi vestido era azul, mi cinturón las estrellas. Las nubes se abrían a mi paso y pétalos de rosas eran mi cerquillo. Munich. Alemania. No estoy loca, querido.

—Resbala, se apoya en Ernesto, dobla las rodillas y recoge el tazo roto de su calzado lila.

—Mira. Y encima esto.

—Pasea la mirada en redondo. Un restaurante ha abierto sus puertas al final de la calle.

—Vámonos a arreglarlo.

—Y tomar algo, mi café.

—Chámpán, querido. Una botella del mejor chámpán para la peruana más hermosa de Alemania.

DOS

Apoyado el pie descalzo en un travieso del restaurante, Helen paladea su segundo Caba Libre de esa mañana.

—Y yo lo creía muerto. ¿Sabes? ¿Por qué crees que lo creía muerto?

Ernesto expulsa el aire, contempla el reloj de su muñeca; en quince minutos más el ómnibus se habrá ido.

—El tiempo nos gana, Helen.
—Tranquilo. Hay tiempo. Siempre hay tiempo.

Ernesto conoce el brillo de esos ojos, y la sonrisa burlesca. Parece que la hubiera visto sólo ayer, y ya son tantos meses. El rostro ha cambiado algo desde los tiempos de la adolescencia, pero las expresiones son las mismas.

—Viajaré sólo. No te preocupes.

—No me preocupas de nada. Tú me conoces. Tú conoces a tu Helen. Soy la única mujer que no se preocupa de nada.

—¿Tú, te preocupas?

—Helen. Le diré de tu parte algo.

—Nada. ¿Por qué? No tengo nada que decirte.

—Le diré una mentira, de tu parte.

Un suspiro, un dorso que se lleva el sudor de una frente, una sonrisa de labios apretados.

—Que terco eres. Dile, pues, que llevo una vida hermosa, con un marido y varios niños. En Alemania.

El sol recorta parches de luz en la vereda, el reloj de la capilla marca la hora. El ómnibus está perdido.

—Y ahora, qué pasa?

Helen suspira, soca sus lágrimas, juega con el tazo roto de su zapato lila, lo alinea sobre el fodo de jirones de niebla que se le antan con el sol.

—¿Sabes? No me has visto. Es mejor. ¿Crees que es mejor?

—Claro que es mejor. Vivo en Alemania. Recibo tu carta, se la muestro a mi esposo alemán, a mi niña rubia... Sufró al enterarme que mi padre enfermo me llama al Perú. Es mejor para todos.

—Por qué me miras de esa manera, se tiende hacia los jardines y provoca una explosión roja de gladiolos, una pausa de margaritas, para deportillarlas en las campanillas azules que desde una malla inundan de color la avenida.

Helen despijga sus manos como mariposas y las posa en sus mejillas.

—Por qué me miras de ese modo, Ernestin? ¿No has aprendido aún cómo es el juego?

TRES

El automóvil ingresa en el valle del Mantaro. Anás quedan las moledas y los materiales de retamas y la verde llanura de febrero al final de la cinta de asfalto. El domo de la iglesia de la Merced brilla en la lejanía con el sol de la tarde, en el mar de eucaliptos, contra las cordilleras del fondo y las amenazantes cortinas de lluvia.

Lili toma la mano de la muchacha que yace en el asiento trasero.

—Tranquila, estamos llegando.
El automóvil se aparta del asfalto,



CARRI A INGA

(Fragmento
Zein)

nueda sobre retazos de grava y césped y se detiene ante las primeras casa de un poblado, bajo un letrero de Coca-Coca.

—¿Sozonas?

—No hay agua mineral de esa marca tampoco de ninguna otra.

—¿Y eso?

—No es agua mineral. Los envases corresponden a diversos fabricantes, pero el contenido es el mismo.

—¿Qué hacer? — Lili lleva ese líquido a la chuca que se repone en el asiento trasero. Debia traer agua, pero una se olvidó de algo siempre.

Observa las cajas de la parrilla del automóvil, el vestido de novia, los viveres. Esas cosas la han demorado. Pero valió la pena. Ahora todo lo que lleva es de lo mejor. Se quedarán con la boca abierta cuando la vean llegar con su sobrina de la mano. ¿Es ella? ¿No es Barito? No, se llama en realidad Lili. Y la chuca — la hija de su hermana que Lili se llevó a Lima hace mucho tiempo. Ella es la novia. ¿Entonces por qué han arreglado la capilla del pueblo y ha hecho venir al cura y a la banda? Por ellas. Así es. Por Lili que viene a casar a su sobrina, y cuando llegan? En cualquier momento. Ahora mismo ya deben estar en Huancayo, y viajar esta noche para amanecer acá Huancayo. Pero ya está. En Huancayo empalmarán con un ómnibus

y al día siguiente a esa hora serán el centro de las fiestas de Manzanayoc.

—¿Listo, maestro?

El chofer arroja su cigarrillo a medio consumir a un charco de la vereda.

—Vámonos, pues.

—Pero vuela, maestro. No vaya a ser que en la puerta del horno...

—¿A qué hora sale su ómnibus?

—A las seis.

—Ya habléramos estado allá, si no veníamos parando por... — dirige una mirada al asiento trasero. Pero lo alcanzan.

El motor ruga en el asfalto. El domo de la capilla continúa parpadeando, las nubes negras han aumentado en los cielos.

CUATRO

El hombre de terno azul deposita el último mazo de billetes en la mesa, abre el maletín, lo sacude boca abajo.

—Se lleva todo, don Dago.

Dagoberto se acomoda el saón de cuero; los billetes aguardan frente a él. Nada de cheques, ni letras; dinero constante y sonante, dólares americanos.

El segundo hombre de azul blande un lapicero metálico.

—¿Su millonaria, don Dago?

En el silencio se oye el rumor del bo-



CIEN RA HUASI

de Novela)
Orilla

ligrato que raspa el papel. Los hombres de azul cambian una sonrisa. El primero guarda una copia del contrato en el maletín.

—Ahora sí, caballero. —las manos se tienden, vienen los sacudones—. Suete.

Crujan las escaleras, chirría el oxidado zaguán de *Negociaciones Gutarrá* y el motor comienza a rugir.

Dagoberto contempla todavía la pila de billetes en la soleadad de su despacho, desvía la mirada hacia el horizonte de tejados que ondulan entre los modernos edificios de concreto. Los eucaliptos han desaparecido y las recientes edificaciones muestran sepultado la estación de trenes que en los años iniciales de *Negociaciones Gutarrá* podían contemplarse desde aquella ventana. Cómo ha crecido Huancayo en todo ese tiempo. ¿Treinta años? ¿Cuarenta? La pieza ha ido llenándose de anaqueles, de muebles inútiles, de los voluminosos archivos que alimentarán la boguera del día anterior. Todo ello lo ha ido apartando de la ventana y la visión de sus primeros tiempos. Los siguientes años vivió encerrado en su mundo de cuentas y archivos, de *Adelantos y Contabilidades*. Pero aquella vida llegaba a su fin.

En la solitaria pared queda un solo cuadro. (Adán y Eva, don Dagoberto, advi-

naban los pequeños hacendados que comenzaban a confiar en él, a dejarle sus granos. No cómo pues, dónde se ha visto un Adán con pantalones y su mujer de reboso. Los sorprendidos comerciantes, ávidos de recibir su dinero y desaparecer en los mercados de Huancayo, celebraban la ocurrencia, pero reparaban todavía en el par de niños que floraba al pie de la pareja, en el perro menudo que labraba al ángel, no un ángel en realidad, un capatzen de hacienda con todos litigios explotando del cuadro a esa extraña familia. Dagoberto cerraba los ojos.

—Son mis padres.

—No diga, don Dagoberto. ¿Y cómo es eso? —Ah. Larga historia.

El tiempo ha decorado el lienzo ahora, el litigio del capatzen se fundió con las nubes que alguna vez fueron negras; las lágrimas, anillo verídico, son apenas manchas incolores en el rostro de la mujer, de las criaturas.

Dagoberto descolga el lienzo, envuelve con él los billetes y guarda el paquete en un desportillado maletín de médico. Desciende la escalera apoyándose en los pasamanos. Los pedidos se quejan. El solá subieron al trotar y de a dos en los primeros años. Luego hizo instalar una baranda. Ahora después volvió a llamar al carpintero, reapareció una segunda, adosada al muro. Cada uno era más

pesado subir a la oficina.

En la desierta sala de la primera planta aguarda la antigua balanza de plataforma, solitaria, entre paredes que lucen las marcas de carboncillo de los tiempos en que el mismo Dagoberto recibía y pesaba la carga de los camiones. En el suelo yacen los granos de cebada que ha escapado a la escoba. Los revoques y acomoda en el vano de la ventana. Un rumor de hojas atraen su atención, lo conoce bien, lo percibe su naca con un encogimiento.

—¡Ah, maldito! —levanta la mano como para lanzar una piedra, cualquier cosa—. ¡Kucha!

El pericote permanece inmóvil, húmedo los aires desde su orificio en la pared. De pronto atraviesa la sala en la carrera y desaparece bajo un zócalo. Lluvias de costales que aborran la pieza, las paredes exhiben las huellas de otros agujeros clausurados a cemento, en otros tiempos, en tardes de azoche y pre-ocupación.

—Ya verás maldito — Ahora no hay motivo para más preocupaciones. Ya verás.

La puerta que da al patio se ensombrece, una voz retuena en la alacena inmóvil del almacén.

—También el quieto despedirse, con Dago.

Es el guardián de *Negociaciones Gutarrá*, el único hombre que queda del edificio que hasta las nubes se llenaba de polvo y sudor los almocenes del anafio granero más importante de la ciudad.

—¿Hay todavía pericotes, no? —El guardián asiente.

—Aparecen del aire, jefe. Pero ahora... —le muestra las palmas de las manos, morrán. Y ahora, mañana inician la demolición.

—¿Así? ¿Tan rápido? —Sí. Así dicen los caballeros. ¿Un edificio, dicen?

El pericote reaparece, Dago levanta el puño en amenaza. El animalito contempla a los hombres con ojos desorbitados, avanza con salidas, se queda inmóvil, mueve los bigotes apenas.

—¿Qué valiente eres, oye! —Es bebido, don Dago. No sabe todavía de la vida.

Dago lo contempla. El animalito tiene dos ojos negros, como bolines acabados de fundir, el hocico sin expresión, consciente de su destino, dispuesto a enfrentarlo hasta el final. Dago despierta.

—¡Bueno pues. Hay que partir.

El gran patio que décadas atrás amanece abarrotado de camiones cargados de la cosecha de las terránias, se empinaba de hierba, de arbustos silvestres. Al otro lado del vigoreno venden ahora un caserío edificado con restos de cilindros de lubricante que aún permanecen sus emblemas. Una mujer de sayas destendidas contemplan la partida desde el caserío, unos perros ladran sin sosiego.

Dagoberto se aviza hacia el caserío, los perros acuden a él, reconocen el mano de los botecitos matutinos, escocían la piel. Hacia afuera que Dago no se acercaba a esa zona de sus propiedades. La última vez estuvo allí por un problema policial, entonces habían apenas un par de viviendas donde cubaban los ojos los estibadores. Con los años aparecieron sus mujeres y con ellas los cordéles de recar patales, los gritos de las criaturas, y los perros.

Un hombre fofudo, camisa destendida y rostro cruzado por arrugas brota de una cabaña.

—Así que nos dejó, patrón.

Dagoberto busca en sus bolsillos.

—Trabaja, bajo. A ti no te irá mal si pone una mano en los hombros del peón — Al hombre de trabajo nunca le va mal.

—Nos agarró frías, patrón. Cuando dijeron ha vendido el negocio y se va, no lo creí. Francamente. Me parece un sueño.

—Pero qué vamos a hacer. Ya no se puede aguantar.

—Dicen que todo va a mejorar.

—Hace treinta años que lo dicen. Las mujeres se agitan en el caserío, retiran las prendas destendidas y los pantalones del alambor de secado y decapitan entre el alboroto de criaturas.

—No se vaya, patrón.

—¿? ¿Qué hago? Esto ya no es negocio. Ha subido.

—Métase en otra cosa. Construcción. Eso es para los jóvenes.

—Estamos para trabajar, patrón.

—Es otro tiempo. El tiempo de los granos se acabó. Despidéme de los muchachos.

Las nubes negras han cerrado los cielos y la lluvia ha comenzado a caer.

CINCO

Jessica se ubica en la mitad más iluminada del espejo, allí donde su rostro brilla con nitidez. El lápiz labial y los polvos han hecho su función; de sus mejillas han desaparecido las huellas del llanto, de sus ojos las sombras del dolor, y se eriza la punta del cuadriltero del espejo otra vez. Cruza la cartera y desde el vestíbulo del Baño de Mujeres enfrenta el gramado central del Brivas de Pílkotamor. De la apartada mesa de tablas, Junior la saluda botella arriba, la blande a medida que Jessica se aproxima.

—Pareces otra — dice. Le toma una mano.

—Soy otra — Jessica recupera su mano. — Soy una mujer que no has llevado sí quiera a conocer.

Junior colma su vaso, Jessica cubre el suyo con una mano.

—Para mí basta. Me tengo que ir. — La espanta ha llenado el vaso de Junior, ahora los boceos.

—Te pensaré. Y cuando te des cuenta que has dejado pasar una oportunidad, lloraré.

—Pues lloraré.

—No es bromar, estamos a tiempo.

—¿A tiempo de...? — Un nuevo camino, no; dos nuevos caminos, y diferentes.

—Eres cruel, inhumana y cruel, tú máquina bonita. No te das cuenta en la máquina que te has convertido.

Jessica se muere la lengua. No debe haber acusado a ese encuentro. Acabó de ser una cabellera de corte. ¿Por qué aceptó esa reunión en Pílkotamor? ¿Para aclarar? ¿Aclarar qué? Las reuniones de aclarar y despedida nunca funcionan. Devuelven las cartas y los regalos, salen a relucir las heridas, los amanes enfrentan la posibilidad de irse cada uno con su solidez y terminan por rendirse uno en brazos del otro. Y empieza la misma historia. Ella lo sabe, ¿y ha aceptado? ¿Qué gana con ese hombre que vive sin fechas ni plazos, como si la juventud fuera a durarle toda la vida? Pero no. Con algunos hombres tal vez vale la pena correr el riesgo. ¿Por qué con Junior? Era necesario cortar, para siempre, y no volver la mirada. Todo estaba claro, sólo no entendía una cosa. ¿Por qué había mantenido una relación tan estrecha con un hombre como aquel? ¿Por qué era de un temperamento repuesto y ella la acelerada? ¿Y cuánto tiempo más en ese plan? Seis meses. ¡Un año! Nada. Ni un día más.

Junior ha secado su vaso, se vuelve a Jessica.

—Y dime. ¿Es Roger?

Era el amanecer que finalizaba sus estudios de ingeniería en Lima. Junior había enviado cartas a las muchachas, regalitos, la tenía en salmuera.

—¿Roger? ¿Qué tiene que ver Roger?

—Entonces como se llama. Dime eso por lo menos.

Jessica se acomoda la careta turquesa, los pantalones baquero, refina sus cartas de amor que yacen en la mesa, el mismo fotógrafo.

—Te lo diré. Se llama Fernando, así sin apellido.

—Te burlas. Eres cruel.

—Ya lo has dicho. Y una máquina también soy.

Lanza el primer manotajo de fotografías al río, los sobres desgarrados, las

7

cartas, ve cómo se revuelven en la corriente hasta finalmente desaparecer. Vuelves, sus botines arrancan crujidos a la grava.

-Entonces, ¿No tengo chance?
-Ganamos ambos. Un día te vas a dar cuenta.
-¿Ganar ambos? ¿Así?
-Hablemos claro. ¿Qué futuro nos espera?

El mozo sacude la cabeza, contempla la carretera por donde se aproxima un ómnibus colectivo, lento, bambolean-te, contorneando los charcos dejados por las lluvias de esa semana de invierno. Un adolescente de cabeza envuelta en una franja roja voca los nombres de calles y plazas que el colectivo recorrerá en su marcha desde el balneario de Pícamayo hasta la Plaza central de Huancayo.

-Si lo plantas de ese modo. Pues, nada.
-Jessica se tira el bolso al hombre, hace un ademán; el colectivo disminuye la velocidad y se detiene ante ella.
-Te lo he dicho toda la tarde - suspi-ra, un pie en el estribo - Nada, Junior. Nada.

SEIS

Los rayos de la tarde se filtran en las ramas de los eucaliptos, flotan en la transparente atmósfera lavada por las lluvias recientes y estallan en la botella de aguardiente. Ernesto desplaza su silleta a la sombra hasta donde no llega la lluvia de polvo amarillo en aquel patio de los suburbios de Huancayo.

-¿Entonces? El carro sale en media hora.

Marcos levanta la mano hacia el mazo de luces multicolores que la botella lanza en redondo.

-¿Crees que debo ir?
-Mañana a esta hora ya estaremos de vuelta.

-¿Tú crees?
-Te hará bien.
-Ver la casa, ¿me hará bien? ¿Tú crees?

-Ver toda, otra vez.
Ernesto vacía su copa, Marcos continúa hablando.

-Cada mañana yo veía los cerros desde mi ventana. Ah, allí aprendí a ver la hora. Los peones veían las horas en los cerros. Las sombras son más precisas que el reloj. Yo ayudaba a papá una temporada. ¿Te acuerdas?

-De todo.
-Tú no te acuerdas de nada. Eras un niño.

Ernesto ríe, se pasa las manos por la cara.

-Ya fui una vez y basta. - Marcos pasa una vez más la mirada por los remolones de la carta. - Fue una desgracia de viaje. La casa ya estaba esa vez en ruinas, habían higuierillas en los dormitorios, las orugas florecían en el comedor. Aquella vez morí todo para mí, todo ahora está muerto, enterrado. ¿Y debo ir una vez más?

-Tú ve sea la última vez.
-Aquella fue la última para mí.

El sol cae, las sombras crecen y en el corredor renace la historia otra vez. Marcos y la cárcel de Ayacucho, Marcos y Estela, la mujercita huancana. Ella había hecho los trámites ante la prefectura. "Es mi marido, señores. Es Matías Sotomayor y su padre lo quiere ver por última vez". Ella lo vistió con esas ropas arrugadas que iba sacando del costallito y desfiló con él, tras el policía que les abría camino a la plaza, rumbo al camión. Ella limpió el polvo de su rostro a lo largo del caluroso y humillante trayecto en la tolva del camión. "Sereno", le pidió cuando avanzó rano los techos de Ingañasi. "Sereno", le siguió pidiendo media hora después apenas, ya de vuelta, alejándose ahora de la casa hacienda. "Has cumplido con presentarte y es lo que importa". El guardia civil cerraba la marcha, sudoroso, desabotonándose la polaca, refunfunhan-

do: "Has tramitado un permiso para nada. ¿Y ahora donde vamos a comer?"
-Fue la última vez para mí.
-Marcos... Escúchame.

SIETE

Las sombras de los eucaliptos aún flotan en el aire cuando la puerta se abre de golpe y Estela irrumpe en el patio, deposita la radio con su música a todo volumen en la mesa, y una fuente de galletas y atún.

-¡Sírvete Ernesto.
-Que molestias, Estela
-¿Molestias? Para ti serán molestias. Visitar a esta chola es molestias para un misti.

-Estela...
-Hacendados molestias. - Estela se apoya en una rodilla de Ernesto, se la sacude - Hoy día para mí es fiesta.

-No don Marcos? Hacendada eres, dicen mis hermanas. Orgullosa eres, me dice todo Huancanaca. Nunca nos visita nadie. Ahora quiero que me vean, con mi cuñado. ¿No, cuñado?

-Empuja su copa hacia la botella.
-¿Qué pasa? ¿Hay cariño, no hay cariño?

Marcos llena las copas.
-Salud pues. Huaccha hacendados. Pobres hacendados - Estela levanta su copa hacia Ernesto. ¿Y tú? ¿Cuándo consigues una mujercita? Ahí está don Marcos ya consiguó su huancuista. Una chola nomá ha podido conseguir. Pero ahí está. Halta algo, don Marcos.

La puerta se vuelve a abrir. Una niña ingresa; falda adulta recortada a su talla, arqueándose bajo el peso de la bota de lavado. Un niño de la sigue, balde en mano, un carrizo de cubayas arrastrando por el fango.

-Ahí están tus sobrinos. - Estela ríe - A ver hijos, saluden. Como estás tío. "Somos tu sangre, tío".

Ernesto estrecha la mano fría de la niña.

-Yolita...
-Yolita, no. Yolita ya es una señorita. Esta es la menor, es Jaqui. ¿No ves? Nos has olvidado. Yolita trabaja en el convento, me ayudó a afrontar la vida. Plancha, lava. Una mula es, como su madre es.

El entrega el cordel de su carro al padre, trepa a la banca, dirige a Ernesto sus inmensas pupilas amarillas.

-Se llama Lapi. - Estela lo señala con su copa - A ver Lapi: "¿Qué nomás me has traído de Lima, tío?"
Marcos sacude un pañuelo arrugado, limpia la nariz de la criatura.

-Se llama Néstor - dice, el ceño fruncido - ¿como papá Néstor Sotomayor?

Estela siembra su copa en la mesa, el eco de la tabla vibra en la tarde.

-Lapi...
-Marcos carraspea; un eco de saxofones se levanta del aparato de radio y se posesiona del patio. Estela toma las puntas de su mandil y comienza un balanceo al compás de la música.

-Los Engredidos Olímpicos... - acompaña en la arenga a la cantante que anima a sus saxofonistas desde el aparato - ¿Todos gozan, todos bailan con los engredidos!

-Estela ya está zapateando, arqueada ante la mesa, tirando la cara a uno y otro hombre. La música se detiene, Estela se inmobiliza, un solitario violón describe la transición plena de círculos grises, finas inflexiones, coloridas marposas de cristal que aletean en los últimos resplandores del crepúsculo. Estela jadea, descubre la maleta de Ernesto al pie de la mesa.

-¿Está enfermo, entonces? ¿Quién dice? ¿Grave?

-¿Quién sabe, Estela. Mañana lo sabre.

-Me gustaría verlo. Pero el señor no me quiere.

Marcos murmura algo, pero la música ya ha vuelto y Estela está hablando:

-No. No me quiere. A ese señor no le gusta la huana.

OCHO

La oscuridad se tiende en el valle, los eucaliptos descomponen el horizonte en sucesivas líneas festoneadas de diversa intensidad. Los hombres avanzan sobre la larga sombra del niño, el carrizo se tambalea en los bordes de unas excavaciones recientes, trepa unos montículos de tierra fresca, naufraga en el polvo. Atrás van

quedando los sembríos y el sendero va abriéndose hacia el claro del bosque donde se yerguen los fierros de unas construcciones en marcha.

Ernesto se detiene.

-No. Elena no va.
-Ah, Elena. ¿Helen se llama ahora dicen, no?

Desde donde están puede verse la construcción en toda su magnitud. Los salones de clase, el patio de honor, los arañales del fondo que irreal cartones hacia las tribunas del estadio en construcción.

-Un colegio cerca. Suerte para los chicos.

Marcos sonríe sin separar los labios.

-¿Suerte? Colegio de curas. Gente rica. Mis hijos...

Enmudece. El niño ha llegado ya al montículo, es apenas una sombra que se recorta contra el fondo de nubes negras.

-Pobres mis hijos.
-Veo sanos.

-¿Qué he hecho con mi vida?, digo a veces. Pero ya no hay remedio. ¿Qué he hecho?

-Ha vivido.
-Me equivoco... ¿Tú no sabes.

-Oh, Marcos. Te torturas.
-Hay que vivirlo para saber si esto es vida.

Ernesto le pone la mano en el hombro. Marcos está más delgado desde la última vez que lo viera, algunas arrugas han aparecido en su frente. Y allí están las huellas de la uta, y la cicatriz de la bala en la mejilla. Es el primero que décadas atrás ocupara la primera plana de los diarios de la provincia, con los alzados en armas del año sesenta y cinco. No hay botina ahora, el pelo es escaso, la mirada rota como un cristal. Ha engordado, se agita cuando camina.

-No te quejes. Marcos. Pudo haber sido peor.

-Seguir vivo es lo peor. Tú no sabes.

-Marcos...
-Los otros están muertos. El poeta dijo su nombre a las calles, a los colegios...

-¿Tú crees?
-Largo. Mi peor condena es seguir vivo. Y tengo que vivir por mis hijos.

-Tal vez deberías ver las cosas de otro ángulo.

-¿Cuál ángulo? [No jodas! Mira a mis hijos. Sus destinos están hechos].

Ernesto se detiene al final de la cuesta. La voz de Marcos le recuerda eventos olvidados. La huana Estela, el guardia civil, el padre apomazante que levanta el bastón y lo descarga, golpe tras golpe, sobre aquel mal hijo. Malo por haberse ido con la guerrilla, malo por haberizado las invasiones a las haciendas, malo por haberse hecho coger y ahora estar preso como cualquier raterito de cuadrá. Un racimo de manos acudido a contener la furia del padre, pero la sangre ya corría por las sienes de Marcos, por el cuello de la camisa, las lenguas ya comenzaban a tejer la historia que por años recorrería la quebrada. ¿Con qué esperanza se había presentado ante el padre moribundo? ¿A enrostrarle que ante así empujados heredaría esa tierra, así como heredaba el apellido?

-A verlo solamente, Ernesto. Lo ves. Y ahora sería igual, exponerse inútilmente.

Están ante la plaza desierta. Un taxi celeste destaca en las sombras, Ernesto teleechea todavía esa mano y la suelta sólo para abrir la puerta del automóvil.

-Agencia "El Milagro" - se dirige al chófer. Pero volando. Carro de seis.

El taxista sacude el reloj de su muñeca, el carro ha comenzado a rodar.

-Realmente volando. Son las seis en punto.



trata de un simple romance, una casualidad, fue en serio, y yo por nada del mundo pienso que en la conciencia una legión de sogueros preparan lazos para ahorcar a perros callejeros, pero te digo que he vuelto a pensar mucho en ese muchacho, que ni siquiera sé su nombre verdadero, pero que para mí es Eduardo y punto. No te explico cómo fue el asunto para que esa cabecita de melón espacule hasta provocarte jaqueca, imagina lo que quieras y como quieras, porque eso es lo que estarás haciendo mientras me miras con esos ojos de truhán, de búho, que es como miras a la gente que sale o ingresa.

Ayer me hizo saber que viene para acá. Yo no le di dirección ni teléfono, pero sabe exactamente dónde vivo. Fíjate que de esto no hace ni una semana. Como podrás ver, el asunto no es para explotar en carcajadas ni tomarlo muy a la ligera. Arturo, no me mires así, no seas insensible, sé que esta cena, con un amigo de hace muchísimos años, es para excavar recuerdos y tonificarlos con la nostalgia, pero las circunstancias han hecho que te pida ayuda inmediata. ¿Te imaginas lo que ocurriría si Sebastián me encuentra conversando o haciendo algo con ese muchacho? No lo sé, pero es de suponer que la ciudad sería testigo de una tragedia, un escándalo de los mil diablos, y la gente dirá que mujer joven al lado de un hombre maduro es ramera, oportunista y desagradecida,

que todas son iguales. Yo no puedo salir ni a la bodega de la esquina, si fui a ese pueblo, fatídico y bienaventurado a la vez, es porque él no estaba en casa, y como no me habla desde que llegué, todo se lo pide a sus hijos, no quiero aumentar el caudal del río que ya tiene aguas turbulentas, no vaya ser que el vaso de agua rebalse y san se acabó, adiós todo, y tú sabes que yo no soy sino una mujer que apenas ha terminado el tercer año de la Universidad, y que ahora estoy en una academia aprendiendo computación e inglés. ¿a dónde voy a ir si el Cristo llega al gólgota? No te pido que seas un celestino, no es eso lo que te estoy pidiendo. No sé, parece que el cielo se me viene encima. Maldita sea, estoy prendado de él. Discúlpame estos berrinches, sé que a mi edad debería estar pensando más en el futuro de mis dos hijos, y no en un amor que de pronto te altera la vida, te menoscaba los planes y hasta pone en peligro la vida cómoda que llevo, sin apremios ni urgencias, porque dinero es lo que más abunda y menos falta me hace.

Te estaré agradecida eternamente por el favor que me estás haciendo, todo lo que te he contado es la pura verdad, no tiene añadiduras ni fantasías, además qué ganaría mintiéndote, porque las mentiras a veces son anticipos de profundas verdades. Hermano, sé que a ti no te gustaría que te hiciera esto tu mujer,

pero todos tenemos pecas en la piel, además tú te casaste queriendo, y yo para sobrevivir de la miseria después de la muerte de mi madre y del abandono de mi padre, que se largó no sé a dónde, y tú no sabes seguramente cómo es enfrentar seis bocas que piden pan y no hay de dónde sacar. Me fui con mi hermano Felipe, pero me aguantaron sólo seis meses, yo tenía diecisiete años, y en esos momentos conocí a Sebastián y a los pocos meses nos casamos a todo lujo. Ofrecí mi santidad de mejor a un hombre que se había divorciado tres meses, tenía tres hijos mayores, uno de ellos incluso mayor que yo. Amar no es un delito pero sí puede ser una grave ofensa, más todavía si es recíproco, sincero y honesto. Ahora sí pedimos un vinito semiseco y a brindar por la amistad que está a toda prueba. Si quieres podemos ir a otra parte para celebrar el formidable doble propósito de esta noche. No, no puedo, ya tengo que irme, salí con el pretexto de ir donde una amiga por unos libros de Corel 8, ahora que recuerdo, tengo práctica calificada mañana. No te preocupes que esta vez yo pago. No te olvides, tiene el cabello largo, espéralo en el terminal a las siete de la mañana, no vayas a quedarte dormido. Arturo, que de hoy en adelante serás el santo de los que aman lo que no debe amar.

DE LOS AUTORES

JORGE LUIS RONCAL (Lima 1955). Publicó dos poemarios: *Discurso de las intenciones pueras* (1977) y *Canciones de la esperanza* (1991). Anuncia *Te anuncio mi viento enamorado*. Codirige la revista *Arte-idea*.

SANDRO BOSSIO SUAREZ (Huancayo 1970). Tiene una novela y un libro de cuentos por publicar. Dirige el semanario *Nuevo Siglo*.

FLOR DE MARIA AYALA (Huancayo 1956). Publicó un libro de poesía (*Mujer de Subamérica*, 1988). El cuento aquí inserto pertenece al libro inédito, *Puro polvo*.

CAROLINA OCAMPO (Huancayo 1958). Publicó *Amarte es parte mía* (1986) y *Oda a la utopía* (1998). Los textos que figuran en esta edición forman parte de un libro aún inédito.

ZEIN ZORRELLA (Huancavelica 1951). Es autor de un volumen de cuentos (*¡Oh, generación!*, 1988) y dos novelas (*Dos más por Charly*, 1996; y *Las neelgas de Huaguil*, 1999). Próximamente editará la novela *Carretera a Ingahuasi*, cuyos primeros capítulos se dan a conocer en esta edición.

JULIO CESAR ALFARO (Huancayo, 1942). Su primer libro de cuentos se titula *Prestadito nomás* (1999).

ARLINDO LUCIANO (Huánuco, 1966). Escribe poesía y cuentos. El relato que se publica es uno de los 18 que integrará el volumen *Aquí todos mientan*.

ALBERTO OSTOLAZA (Lima, 1947). Es un destacado pintor. A él le corresponden las ilustraciones de este Suplemento.

LIBROS

De la nostalgia a la realidad

En *Guía Triste de París*, Alfredo Bryce Echenique cataloga el cuento como un "género endemoniado", tal vez para explicar que el escribir un cuento no es una hazaña fácil, un impromptu de privilegiados, iluminados, sino elaborar un texto que de una sola pedrada en el ojo deje tuerto al lector, lo deje asombrado, satisfecho, persuadido, creyendo que la historia del cuento es verdadera, cuando en realidad es una ficción. Precisamente, el cuento demanda concisión, es abierto a técnicas y procedimientos múltiples. Allí están los ejemplos de Augusto Monterroso, Juan Rulfo, Luis Loayza, Juan José Arreola, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, entre otros.

Julio Ramón Ribeyro, en su celebrísimo decálogo expuesto en *La Palabra del mudo*, entre otros preceptos, expone: la historia contada puede ser real o inventada; si es real debe parecer inventada y si es inventada, real; el cuento debe ser de preferencia breve, de modo que pueda leerse de un tirón; la historia contada por el cuento debe entretener, conmover, intrigar o sorprender, si todo ello junto, mejor; el estilo del cuento debe ser directo, sencillo, sin ornamentos ni digresiones; el cuento debe sólo mostrar, no enseñar; el cuento admite todas las técnicas.

La literatura es pasión, vocación, talento e "invención de mentiras" que parecen verdades comprobables, "Salvo para los ingenuos que creen que la literatura debe ser objetivamente fiel a la vida y tan dependiente de la realidad como la historia" (Mario Vargas Llosa: *La verdad de las mentiras*, pág. 14). Un escritor se entrega, parcial o íntegramente, a inventar historias que ocultan verdades cotidianas, propias y hasta utópicas, esas que nunca se hacen realidad pero que hacen feliz al escritor y fascinan y exaltan a otros. Gabriel García Márquez, en un reciente libro, *La bendita manía de contar*, nos propone una pregunta que desafía a nuestro neófito, creciente o afiatado oficio de crear literatura:

"¿Qué clase de misterio es éste que hace que el simple deseo de contar historias se convierta en una pasión, que un ser humano es capaz de morir por ella; morir de hambre, frío o lo que sea, con tal de hacer una cosa que no se puede ver ni tocar y que, al fin y al cabo, si bien se mira, no sirve para nada?" Es que la literatura es un territorio sin fronteras en donde el escritor da rienda suelta a la libertad para hacer lo que tal vez es imposible o prohibido en la vida concreta, real, tangible. De ahí que Mario Vargas Llosa diga que la literatura es una ficción que encubre profundas verdades, y que en la literatura no hay que ver sino un embeleco, una fantasía, una ilusión, un espejismo, un truco hábil, un embauque. Todo lo demás es miopía, profanación literaria, es como pedirle a un zapatero que fabrique ladrillos.

Además del fuego (Editorial San Marcos, Lima, 1999, pp. 100) de Mario A. Malpartida (Lima, 1947) contiene cuentos modernos, distantes del argumentalismo avasallador, de la historia lineal, del narrador omnisciente, titiritero deleznable, de la explicación antes que la sugerencia. No es muy difícil encontrar en los cuentos el *flash back* —ese recurso narrativo que consiste en interpolar una evocación pertinente en el curso presente de la historia que se está narrando—, el dato escondido o narrar por omisión, magistralmente usado en "Los Asesinos" por Ernest Hemingway, la ruptura del tiempo lógico y el salto de espacios, dejando al lector lelo por la ambigüedad, es decir, el no haberle mostrado sino la punta del iceberg; usando legítimamente la libertad para crear y manejar técnicas literarias adaptadas a las necesidades. Esto le da, pues, una connotación singular a los nueve cuentos de *Además del fuego*. A través de los cuentos, Mario Malpartida nos hace cómplices de los trozos de historia que relata, nos acerca a una realidad hostil, violenta, a veces, imposible, que está al acecho, esperando un descuido para poner la zancadilla final, y contemplar si nos levantamos o nos hundimos sin remedio en el pantano. Estos cuentos muestran y advierten, señalan que en el ca-

mino hay encuentros y desencuentros, desánimos y esperanzas, que no todo vino es dulce y divino. *Además del fuego* es un cierre de ciclo y una apertura a la vez.

Los personajes niños están prácticamente ausentes, rasgo característico en libros anteriores, por ejemplo, en *Pecos Bill y otros recuerdos*. En este reciente volumen de cuentos hallamos una galería variada y asombrosa de personajes. Humberto Morgollón es un ex líder universitario, y por eso revoltoso e instigador que morirá atravesado por la bala de un franco tirador, acallando a la justicia, el derecho de ser escuchado y el respeto a la vida ("La marcha"). Natalia Montes y Monique Santander, dos meretrices enfrascadas en una pelea sin cuartel, en un carnavalesco salón, por defender el espacio conveniente para el ejercicio del oficio más antiguo del mundo, mientras que el otrora dormido pulsero Simónides y el camionero Perciles apuestan, y ante la presencia de la Jushi Cienfuegos retorna la calma y empieza el trajín de parroquianos en el bulín («Descuelguen el Champán»). Rosita Seretti es el grato ícono que inspira encanto, ilusión y dulzura; ella protagoniza un ritual pirómano en las últimas horas del último día de diciembre en el tradicional barrio de Iscrhaca ("Rosita de Fuego").

La nostalgia es el combustible de la memoria y de la vida; sin nostalgia la vida es insípida, sin murmuraciones, sin miradas atrás, sin añoranzas ni suspiros por los tiempos idos. En estos límites encontramos a Andrés García, vendedor de libros, frívolo y eventual lector de novelas, que corteja donjuanesca mente mientras baila involudablemente, "un bolero de la moda retro"; se siente feliz, a gusto, pero cuando vuelve a la realidad, en medio de una notable ebriedad, se encuentra con una bofetada, exacto "galardón" para la osadía y el derecho de bailar con una excelente criatura ("Lo que dura un bolero"). "Arma blanca" plantea historias yuxtapuestas, es decir, dos historias que simultáneamente se van alimentando en torno a un mismo personaje. Es un monólogo. Es el cuento que está totalmente vinculado al período de violencia política, en la

que la barbarie, la intolerancia y el desprecio por la vida gobernaban al país. Alipio Santamaría es hijo de un líder que encabeza "un grupo de sentimiento netamente regional que se proponía trabajar por el progreso de toda la comarca", pero es "crucemente destrozado al borde de la carretera". Alipio Santamaría ingresa al ejército voluntariamente para adiestrarse en cómo aniquilar al enemigo y así vengar la muerte de su padre. Es un cuento de desarraigo, venganza e impotencia.

En "Cosas de la Guerra", Filomeneo Echevarría y Zózimo Landauro darán la última batalla para demostrar quién tiene más poder, más fuerza: uno es comandante; el otro, un proscrito profesor de Historia que ahora lidera una pandilla de salvajes, dispuesta a dar la vida sin dubitaciones. Primero en el café Ortiz, luego en el bar La Página Once y de allí donde Ivonne, "conspicua lectora de cuentos y novelas, desde los extramuros del mundo", es el itinerario de tres amigos unidos por la literatura y la bohemia, y ahora en torno a una mujer, que también puede hablar, leer y sentir como ellos, quedando atrapados como en una telaraña. Ivonne en el mensaje dice: "... deseo conocer al trío completo, por eso los invito a que me visiten esta noche, así mientras ustedes me examinan en literatura, yo los voy atendiendo, con las poses que quieran" ("Mensaje de Ivonne"). "Casi un día en la vida de Tiberio Cayco", narrado en tercera persona, relata las vicisitudes de un humilde tricolista, contratado para llevar un ataúd desde la morgue de un hospital hasta el cementerio de la ciudad. En el trayecto se entera de la vida y adversidades de Rigoberto Santibáñez, de Edúes y el Santuario de la Verdad, Juvenal Maldonado y de Yanilce Chuqiyauri, ésta viuda de dos maridos. La miseria humana, la superstición, la solidaridad entre pobres, el engaño, la violencia moral y el timo constituyen parámetros que vulneran la dignidad y convierten a la persona en una víctima de la desgracia. Son paupérrimos pero han creado un mecanismo de autodefensa para conservar la condición de seres humanos. "Que alguien toque la puerta" plantea cómo el destino cambia de súbito, sin avisar, cambia de

rostro de pronto. A veces la felicidad es un espejismo, una apariencia, la saboreamos mientras no se aleje. Paquita Gonzales Bazán y Baldomero Ramón, quien se halla en un cuartucho miserable, "derrotado por la inconciencia y la soledad", esperando a la divina providencia, vivían unidos ejerciendo el oficio de vendedores de brebajes y adivinadores de la suerte, hasta que llega el infortunio, y de un solo zarpazo elimina la comunión de ambos

personajes. Con este libro, Mario Malpartida, revela que escribir un cuento requiere de oficio y perseverancia, que cualitativamente un libro es superado por otro. En los cuentos de *Además del Fuego* no encontramos crónicas ni ensayos sociológicos ni propósitos políticos, conserva una autonomía estrictamente literaria. Son nueve historias de ficción, nueve historias reelaboradas puestas al servicio de la literatura y no viceversa. Los cuentos de Mario Malpartida fueron reconocidos en importantes concursos a nivel nacional: Bienal de Cuento Copé y el Cuento de las Mil Palabras de la revista *Caretas*, y últimamente, un cuento suyo, "Los colores de la vida", ha sido considerado en la antología *El cuento Peruano 1980 - 1989*, preparada por Ricardo González Vigil.

Hace poco estuve en Huancayo el Dr. Manuel J. Baquerizo, él dijo categóricamente que "el núcleo literario de Huancayo es uno de los más significativos" del Perú, en alusión a la calidad literaria de los libros que se han publicado desde la década del 80 y a la continuidad generacional existente (*Expresión Regional*, N° 34, Oct. 1999). Mario Malpartida, hijo predilecto de Huancayo desde hace treinta años, es uno de los responsables para que Huancayo sea visto literariamente de este modo, con vigencia y presencia nacionales. *Además del Fuego* robustece aún más la bibliografía de la literatura hecha en esta parte del país.

Arlindo Luciano Guillermo

Un hecho bastante notable en nuestra región es que los artistas plásticos no siempre discurren por los mismos cauces estéticos. Efectivamente, hay muchos pintores y escultores que tomaron sus propios derroteros, con el resuelto afán de remover gastados preceptos artísticos, explorar otros terrenos y experimentar con nuevas formas de composición. Uno de ellos es Miquel Rivera.

Miquel Rivera Santiviáñez nació en San Jerónimo de Tunán (1958). Después de concluir los estudios secundarios, se trasladó a Lima para estudiar en la Escuela Superior de Bellas Artes, de donde egresa en 1983, con la promoción Teófilo Castillo y la primera distinción de honor. Su maestro de taller sería Milner Cahahuaringa. En 1990 viaja a Alemania, con una beca, para seguir estudios de pintura en el Centro de Artistas Edenkoben. Allí realiza una exposición en la Galería Kunstlerhaus. Luego, participa en las Bienales de Oostede (Bélgica) y Daniel Vásquez Díaz (España)¹. Retorna al Perú en 1996, para instalar su Taller en Huancaayo. Desde entonces ha ofrecido dos muestras de pintura en la ciudad (una en la Galería del ICTA, 1998; y otra en la Sala de exposiciones Guillermo Guzmán Manzaneda, 1999). Rivera Santiviáñez fue merecedor de varios premios y reconocimientos (Segundo Premio y Medalla de Plata «Aniversario de la República Popular China»; Mención de Honor del Concurso de Máscaras, revista *Caretas*, núm. 1.000; Gran Premio de Pintura, Ciudad de Denia, España, entre otros).

La pintura de Miquel Rivera está poblada de seres mitológicos, demoníacos y otros extravagantes engendros. En sus telas se pueden hallar ostensibles rasgos de lo grotesco, es decir, ese tipo de arte que se caracteriza por la mezcla de lo animal, lo humano y lo monstruoso. Es un estilo que tiene larga data en el arte occidental y que ha sido muy bien estudiado por Wolfgang Kayser². Se le encuentra en las pinturas, con figuras contrahechas y deformes, de Velásquez; en los «Caprichos» y, sobre todo, en «*Contra el bienestar común*», de Goya, donde el hombre que parece representar al abogado tiene garras en vez de dedos, patas de animal en vez de pies humanos y alas de murciélago en vez de orejas; y, naturalmente, con más abundancia, en los lienzos de Hieronymus Bosch («El imperio milenario», «El infierno», «El jardín de las voluptuosidades»), de Bruegel («Gret la loca»), de Hogarth y de Callot. Para no mencionar los famosos bestiarios medievales (poblados de basiliscos, de onagros, hipogrifos, esfinges y quimeras).



EL IMAGINARIO PICTÓRICO DE Miquel Rivera Santiviáñez

Manuel J. Baquerizo

Lo grotesco difiere absolutamente de la visión realista, porque allí las cosas están llevadas al absurdo, porque rompe con la ordenación de la naturaleza y de la lógica. Lo grotesco consiste en la transposición de cuerpos humanos a formas de animales y plantas o al revés, en la destrucción de la simetría y en el pronunciado desequilibrio de las proporciones. Lo grotesco significa lo extraño, lo no natural, lo aventurado, lo caprichoso, lo ridículo, lo caricaturesco. Para Kayser es ante todo «lo desordenado y lo desproporcionado»³. Según el renombrado crítico alemán, éste sería el estilo característico de nuestra época: «El arte de la actualidad —dice— evidencia una afinidad con lo grotesco como no lo tuvo, acaso, ninguna otra época»⁴. Düreremant, por su parte, dirá: «Nuestro mundo ha desembocado en el grotesco igual que la bomba atómica»⁵. Lo grotesco es, ciertamente, el rostro de un mundo carente de rostro humano. Podría ser la expresión simbólica y visceral de una sociedad degradada y carente de valores e ideales.

En los cuadros de Miquel Rivera Santiviáñez, la fantasía no tiene límites: allí pueden aparecer figuras humanas con cabezas y patas de cabra o de pájaros, muje-

ros con alas de vampiro y una profusión de papagayos con miembros de ranas; babosas, caracoles, caballos alados, seres en constante mutación y metamorfosis; hombres encañados y conciliábulos diabólicos. En suma, una mezcla, irrisoria y revulsiva, de elementos mecánicos, vegetales, animales y humanos, diríase, productos de una imaginación aloca.

El artista se complace en trasladar al lienzo sus sueños, quimeras y alucinaciones, con un gusto morboso por lo erótico, lo monstruoso y grotesco. En un lienzo vemos a un hombre crucificado, rodeado por otro hombre con cabeza de zorro y un «spantapájaro»; en otro, hay un trono ocupado por seres totalmente chocantes y esperpénticos; y, en otro, aparece el propio autor pintando, mientras por los bordes del caballete se ve ascender extraños animales y asomar por encima de sus hombros las garras de un bicho completamente raro. Sus pinturas dan la impresión del infierno imaginado por los artistas del Medioevo o los autores del Apocalipsis. En el Renacimiento se llamaba a este género de pintura *sogni dei pittori* (sueño de los pintores). Solamente que las escenas de Miquel Rivera no producen horror, espanto o miedo, como dice Gabriela We-

ingarther,⁶ sino más bien una impresión de sátrica mordaz, de transgresión, de sarcasmo y de jocosidad. Miquel Rivera se vale de lo irracional y lo absurdo de sus productos cerebrales para despertar con ellos sorpresa, repugnancia y carcajadas, como en una suerte de carnavalización del arte.

Theodor Gimmy sostiene que Miquel Rivera tiene «una mentalidad plástica híbrida de dos mundos: América y Europa»⁷. No es así: sus fuentes son puramente occidentales. Los basiliscos, las hidras, los cíclopes y las arañas son seres fabulosos que provienen del imaginario europeo y no del mundo andino. En todo caso, son visiones que pueblan el inconsciente colectivo o la afloración del monstruo instintivo que todos llevamos dentro.

El análisis formal de estas pinturas podría ser motivo de otro artículo. Por ahora, basta decir que los cuadros son de formato grande, trabajados al óleo y a la acuarela y con técnicas mixtas.

¹Francisco Ariza «La fantasía onírica», *Cultura*, Sección de la República, 1 de set. 1991.

²Wolfgang Kayser, *La catedral. Su construcción en pintura y literatura*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1964.

³Ibid.

⁴Ibid.

⁵Agnes Willigang-Kayser, *op. cit.*

⁶Gabriela Weingarther, *Una Santa María Ant. Burgo de olem*, Alemania, 1994.

⁷Caillou, *Museo Municipal Provincial del Huancaayo*, mayo-junio 1999.